

**PRISCILLA
KRAM**



**Asesinato
en el tren**

Para mis tías Uqui, Lita y Yoli. Gracias por hacer de mi vida un lugar
mucho más entrañable y feliz.
S.R.C.

Priscilla Kraim 1
Asesinato en el tren

Primera edición: Noviembre 2014
ISBN: 978-84-942457-3-2
Depósito legal: M-25104-2014

Coordinación editorial: Delia López
Corrección editorial: Antonia Cuenca
Ilustraciones: Susana Rico Calleja
Diseño cubiertas: Susana Rico y Regina G. Cribeiro
Diseño y maquetación interior: Regina G. Cribeiro

© Susana Rico Calleja, 2014
© Ediciones Idampa, 2014
por la edición en lengua castellana

Ediciones **IDAMPA SL**
Apdo Correos 188
28660 Boadilla del Monte, Madrid, España

www.edicionesidampa.com

info@edicionesidampa.com

Impreso en

<<Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/ 93 272 04 45).>>

PRiSCiLLA KRAiM



SUSANA BICI CALLEJA



Asesinato en el tren



libros para niños de 6 a 99 años

PRÓLOGO

Me llamo Priscilla Kraim, estoy en quinto de primaria y dentro de un curso y medio pasaré a primero de la ESO. ¡Qué ganas! Dicen que el instituto es muy difícil, pero creo que no será más duro que este año en el que los chicos no han hecho otra cosa que sacarse mocos y usarlos como proyectiles contra nosotras. ¡Ay, qué complicado es esto de la edad del pavo! Y más para las chicas.

Menos mal que tengo a mis amigas, mi móvil y todos esos casos que se nos presentan. Ah, no te lo había dicho, ¿verdad? Soy detective, como mi padre. De hecho, si ha resuelto tantos casos ha sido gracias a mí. No es por alardear, pero soy bastante lista y me fijo mucho en los detalles: dos cualidades imprescindibles para ser un buen detective. El caso que nos ocupa hoy es, como siempre, la mar de interesante. Así que ¿por qué no comenzamos ya?





—¡¡¡De aquí no se va nadie hasta que aparezca mi cartera!!!

Al oír aquellos gritos, pegué un bote en mi asiento y me agarré a mi padre, que también se había sobresaltado.

—¿Qué pasa? —inquirió la joven del llamativo vestido turquesa. Por muy extraño que pudiera parecer, este continuaba impecable, a pesar de las largas horas de viaje que llevábamos en el tren.

El grandullón, que se había colocado obstruyendo la compuerta, volvió a bramar furioso:

—¡He dicho que de aquí no sale nadie hasta que aparezca mi cartera!

—Tenía músculos hasta en las aletas de la nariz.



¡¡¡PFIIIIIIII PFIIIIIIII!!!

—Pero ¿qué culpa tengo yo de que la haya perdido? Búsquela. He de apearme en la siguiente parada. Mis hijos me esperan —replicó la rechoncha señora del pelo gris haciéndole frente, y, acto seguido, le colocó una mano en el pecho con la intención de hacerse un hueco por el que poder salir.

—Yo también me bajo aquí. Tengo que ir al convento —agregó la monja. Se puso en pie, se alisó el hábito y, a continuación, se dispuso a bajar su equipaje de la balda que había sobre los asientos; aunque esta vez tuvo especial cuidado de no mostrar el tatuaje que llevaba en el antebrazo y que tanto había llamado mi atención—. Debo llegar puntual a maitines*.



El joven gigantón tensó las mandíbulas y, al hacerlo, se le marcaron las venas del cuello y todos los músculos. La cicatriz que le surcaba la cara desde la sien hasta el pómulo izquierdo, junto con la mueca airada de su rostro, le confería un aspecto aterrador.

—¡Y yo he dicho que nadie se va de aquí hasta que no me devuelvan mi cartera! —insistió, y, al decir esto, dio un empujón a la rechoncha señora, que cayó con todo su peso encima de mis pies.

—¡Aaaaaaaaaaaaaagggggggggghhhhhhhhhh! —chillé.

—¡Aaaayyyy, mis piernas! —vociferó la pobre mujer, que llevaba todo el viaje quejándose de la artrosis de sus rodillas.

—¿No le da vergüenza, joven, empujar a una pobre señora de esa manera? Podría haberse roto algo —intervino mi padre—. ¿Está usted bien?

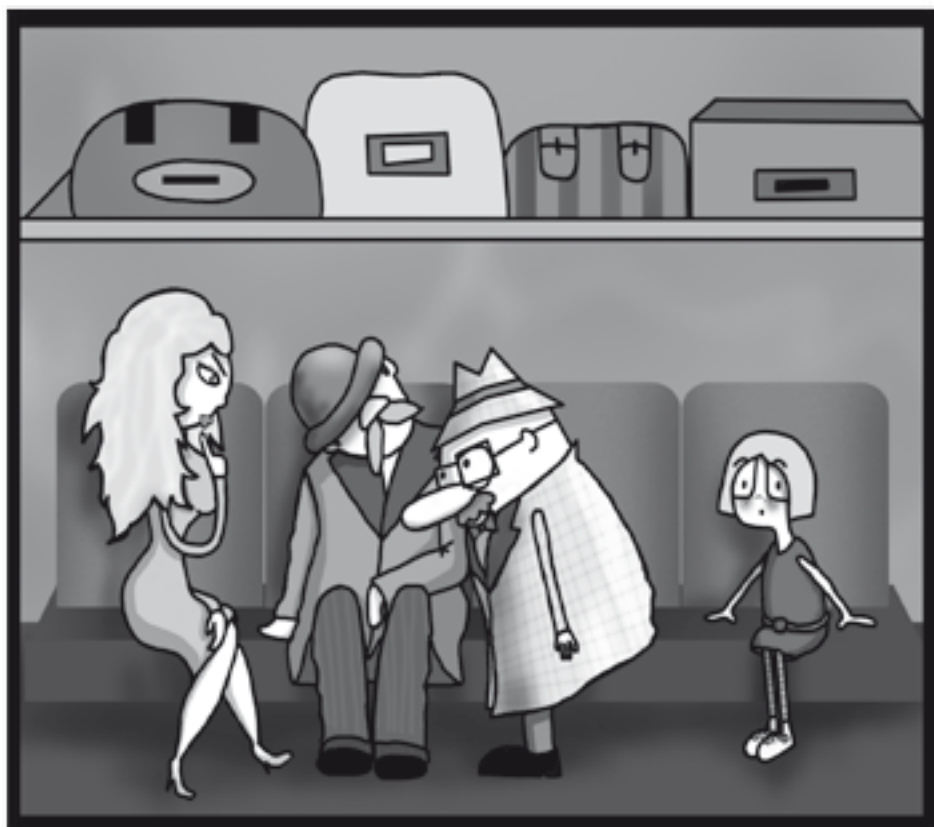
—¡Yo no, papá! Me está aplastando los pies. ¡Aaaaayyyyy!

—En este compartimento hay un ladrón —insistió el musculoso de la cicatriz mientras mi padre ayudaba a la pobre señora a incorporarse.

—¡Mi cartera! —aulló la atractiva joven entonces—. ¡Tampoco la tengo!

Mi padre terminó de ayudar a la buena mujer a sentarse y hurgó en sus bolsillos. Con una mano, sacó de uno la carta que había intentado sustraerle cuando dormía, pero el otro estaba vacío.

—También me han robado la mía —dijo.



—¡Oigan, me tiene sin cuidado lo que hayan perdido! ¡Yo tengo que bajarme en la próxima estación! ¡Es vital que llegue a tiempo a mis rezos con la madre superiora! —terció la monja.

—¿Y a usted, caballero? —preguntó mi padre al viejo del sombrero, que parecía no haberse enterado de nada. ¿Cómo podía seguir durmiendo con semejante barullo?—. ¿Le han robado algo? ¿Señor? —Le puso una mano en el hombro y lo sacudió un poco—. ¿Señor? —La cabeza le cayó hacia un lado. ¡Vaya! Mi padre ya estaba haciendo de las suyas. Pero entonces, al igual que los demás, me quedé mirando a aquel hombre, petrificada. O aquel señor tenía el sueño muy, muy profundo o...

... O estaba muerto.

Mi padre le quitó el sombrero que tenía encajado en la cabeza. Sus ojos, que se hallaban fijos al frente, como si estuviesen mirando algo en concreto y, a la vez, en dirección a la nada, quedaron al descubierto. Tenía la boca ligeramente abierta hacia la izquierda y un hilillo de baba le caía por la comisura de los labios. Tuve que apartar la vista, pero, al instante mismo, la morbosidad me obligó a clavar de nuevo las pupilas en él. Era la primera vez que veía un cadáver.

Papá le puso dos dedos en el cuello para buscarle el pulso. Entonces se giró hacia nosotros, cerró los párpados y asintió cabizbajo.

—Creo que está muerto —murmuró.





—Seguro que lo ha matado él —prorrumpió la señora del cabello gris apuntando con la barbilla hacia el gigante de la cicatriz—. Todos oímos con claridad como lo amenazaba.

—Sí, es cierto —confirmó la joven y guapa señorita—. Es usted un matón de marca mayor. Lo supe en cuanto le vi.

El individuo lleno de músculos expulsó el aire por la nariz con más fuerza de la necesaria y levantó una ceja, la misma en la que exhibía la fea cicatriz.

—Te gustan los tipos peligrosos, ¿no, muñeca? Yo por ti soy tan peligroso como quieras. Mira, mira qué músculos, nena —exclamó aquel tipo sacando bíceps por enésima vez aquella noche—. ¿Quieres ver más?

La joven dirigió los ojos al cielo.

—¿Y qué te hace suponer que a todas las mujeres nos gustan los tipos musculosos?

—No es el momento para tertulias del corazón —cortó mi padre con seriedad—. Les recuerdo que aquí hay una persona que ya no respira.

—¡¡Otra vez este compartimento!! ¡¿A qué viene este vocerío?! ¡Se oyen sus gritos desde la cabina del conductor! —estalló el revisor, con la frente llena de arrugas—. ¿Es que no les da vergüenza, señores? —continuó, con los puños apretados y las mandíbulas tensas, y advirtió—: Déjense de juegucitos o llamo a la policía.

—Tendrá que llamarla igualmente —terció la joven de turquesa—. Aquí se ha cometido un asesinato.

—Ha sido él —exclamó la señora del cabello gris señalando al hombretón gigante—. Todos fuimos testigos de cómo lo amenazaba. Y, además, tiene una pistola.

—¡Señores, no saquen conjeturas precipitadas! —masculló mi padre—. Yo soy detective, así que tomo el mando de la investigación.



—¿Qué investigación? El caso está clarísimo. Este joven es el asesino —insistió la señora, apuntando con un dedo hacia el gigante—. Le ha disparado.

—¡Yo no soy un asesino!

—¿No? Y ¿puede decirme por qué lleva una pistola? ¿Y de qué es esa cicatriz que tiene en la cara? Porque de comer palomitas no será, ¿a que no?

El grandullón dio un paso hacia la señora con una mueca feroz, enseñando todos los dientes. Por último, dejó escapar un gruñido que me puso hasta las orejas de punta.

La pobre señora dio un chillido de terror y reculó un paso.

—¿Lo ven? ¿Se dan cuenta? ¡Es un matón! —Entonces señaló a la joven del vestido impecable—. Y ella es su compinche. Los he pillado unas cuantas veces mirándose y haciéndose muecas.

—¡Oiga, señora! Pero ¿qué dice? Yo no he mirado a este tipo ni una sola vez —protestó la atractiva señorita.

—Sí me has mirado, nena. Te gusto.

—¿Y qué te hace suponer eso?

—¡Un momento! —intervino el revisor—. ¿Están seguros de que este señor está muerto? No lo parece.

Mi padre tomó la palabra.

—Se lo garantizo.

—Puede que no haya sido un asesinato —agregó de nuevo el revisor—. No hay signos de violencia.

«Buena hipótesis», pensé, y traté de situarme frente al señor del sombrero para estudiarlo con detenimiento, pero había demasiadas personas colapsando aquel mini pasillo.

—¿Es que no se dan cuenta? ¡Esconde una pistola! ¡Que alguien lo detenga o nos matará a todos! —insistió la mujer.

El largo y estirado revisor se acercó entonces al joven musculoso.

—¿Por qué va usted armado, caballero? ¿Tiene permiso de armas?

—La llevaba encima el muerto. Yo se la arrebaté cuando estaba a punto de...

—Haga el favor de dárme-la y no se mueva de aquí hasta que venga la policía.

—¡Soy inocente! ¡No me cree! ¡Nadie me cree! —protestó el joven, reculando hacia el pasillo. En ese momento, sacó la pistola del bolsillo del pantalón—. ¡Manos arriba! ¡Quietos todos o disparo! —aulló.



3

Y así comenzó mi primer caso de asesinato. Un asunto feo y difícil de resolver que, aún hoy, después de tanto tiempo, hay noches en las que me despierto sudando y de repente. Todavía recuerdo la palidez de la cara del señor del sombrero con perfecto detalle y la frialdad de sus manos con tanta nitidez como si las estuviera tocando ahora. Y sus gritos... ¿Qué puedo decir de ellos? Sus gritos de desesperación todavía me provocan escalofríos.



Supongo que, desde el principio, debí haberme esperado que pasara algo así. Me refiero a que...